

Dulce resplandor

Sigues subiendo.

Tu aliento se agitan escalón tras escalón. Las piernas ya no te arden, tus músculos, atravesados hace un instante por un millón de agujas diminutas, han dejado de protestar. Tus piernas se desdibujan, transformadas en una suerte de miembros fantasma. Pero siguen ahí, impulsando hacia arriba tu cuerpo en cada paso, levantando tu peso peldaño a peldaño. Al principio te habías aferrado al frío pasamanos de metal y tirabas hacia arriba con la fuerza de tu brazo izquierdo, intentando así aligerar el esfuerzo de las piernas. Pero pronto el brazo también se te sobrecargó, agarrotándose y ahora te duele. Puedes notar las gotas de sudor cayendo por la frente, helándote la piel, metiéndosete en los ojos, de manera que debes cerrarlos y parpadear a cada paso. Aunque eso poco importa porque todo lo que hay a tu alrededor está sumido en una tiniebla gélida. Un débil resplandor gris ilumina lo justo para poder ver los escalones más próximos, nada más. Pero arriba, sobre tu cabeza, puedes ver un punto minúsculo y brillante. Una luz intensa que parece ser, a cada tramo de escaleras recorrido, algo más grande, estar un poco más cerca. Es un consuelo. Saber que, allá arriba, en algún lejano lugar de aquella torre infinita, podrás ver la luz.

Y sigues subiendo y subiendo, a pesar de que tu cuerpo entero grita que ya no puede más.

A veces te detienes en un rellano.

Te arrojas boca arriba sobre el frío suelo de piedra, jadeando y riendo como si hubieras perdido la cordura. Pero quieres pensar que sigues en tus cabales, así que intentas cerrar con fuerza la boca. Sin embargo vomitas carcajadas al aire frío entre una nube de vaho sin poder contenerlas. Cuando consideras que has descansado lo suficiente, giras sobre un costado y te incorporas aferrándote a los puntiagudos barrotes de forja. Más de una vez sus filos te han pinchado, dejando allí un rastro de sangre.

Reanudas el ascenso.

Y el dolor indecible vuelve a apoderarse de tus miembros exhaustos. Pero ahora el resplandor es más fuerte, un brillo cegador sobre tu cabeza. Está allí, allí mismo. Casi puedes sentirlo, en la piel, el calor purificador del sol, la belleza de la claridad del día. Corres trastabillando sobre los peldaños, aferrándote con ambas manos a la tibia barandilla para evitar caer, dejando que todo tu cuerpo se impregne de aquella esperanza desesperada y ciega que es lo único que te permite seguir en movimiento. Al fin, tras el siguiente tramo de escaleras, te internas de golpe en un paisaje maravilloso: las oscuras y grises piedras del muro de la torre parecen refulgir, doradas y espléndidas bajo los rayos del sol. Unas gloriosas ventanas, alineadas en hileras, se alzan unas sobre otras hacia lo alto, bañándolo todo con su luz celestial. Sigues corriendo más arriba, bailando entre toda aquella luz que se derrocha a tu alrededor, como el agua que se escapa entre los dedos de un sediento. Agitas los brazos, das giros frenéticos y ríes, ríes sin parar mientras las lágrimas, mezcladas con el sudor, te empapan el rostro. ¿Es esto la felicidad? Puede ser. Al menos así te la has imaginado siempre.

Sigues subiendo.

Y tardas en darte cuenta. En notar que dejas atrás la luz, y que, con cada peldaño, todo se vuelve oscuro y gris. Al principio prefieres engañarte. Te dices que aquella sensación gélida en la piel está realmente en tu cabeza. Que el brillo no ha mermado, que son tus ojos cansados. Pero cuando las frías sombras te engullen de nuevo no puedes seguir ignorando la verdad.

Te detienes.

Abruptamente. Como una estatua de hielo. Aferras la fría barandilla, asomando medio cuerpo al vacío. Miras hacia arriba por el ojo de la escalera y no ves más que una negrura total. Cuando retuerces el cuello hacia abajo vislumbras aquel resplandor ansiado, del mismo modo que lo habías visto en la lejanía cuando ascendías. Pero ahora está debajo, a tus pies. ¿Qué significa eso? Tal vez, si subes un poco más...

Así que sigues subiendo peldaño tras peldaño tras peldaño, pero solo te adentras más y más en la fría negrura.

Te detienes de nuevo.

No puedes ser. Siempre has sabido que todas las respuestas estarían arriba, tras el último escalón. Por eso, cuando emergiste de la oscuridad y te adentraste en la luz, tuviste la absoluta certeza de que ibas por el buen camino. Y ahora. Ahora ya nada tiene sentido. Te golpeas la cabeza con las manos, gritas, maldices, te clavas las uñas en la carne hasta sangrar. Sientes la traición. El vil engaño de tu propia lógica. Te sientas sobre un escalón y estás allí horas. Tal vez días. Luego, con los músculos agarrotados, la espalda vencida, logras ponerte en pie. Titubeas.

Subes dos peldaños.

Y vas a bajar uno. Pero un dolor atroz te raja de arriba a abajo la pierna que está a punto de pisar el escalón inmediatamente inferior. Intentas dar otro paso hacia abajo, pero se te escapa un alarido y estás a punto de caer. Aquel dolor, aquel sufrimiento, son algo completamente nuevo. Nunca pensaste que se podría experimentarse algo tan terrible.

Otro paso.

Y otro.

Te aferras a la barandilla helada, llorando. No puedes bajar más. Tus piernas, acostumbradas ya a la ascensión perpetua, han perdido la capacidad de descender.

Así que continuas subiendo.

Pero en cada tramo vuelves a asomarte por el ojo de la escalera y contemplas, anhelante, aquel resplandor lejano que cada vez es más pequeño. Te gustaría verlo de nuevo, flotar entre aquellos fotones cálidos y maravillosos aunque fuera una última vez. Pero te estremeces con el simple recuerdo del descenso.

De manera que sigues subiendo.

En algún peldaño el ascenso pierde todo sentido. Solo hay allí frío y gris oscuridad. Nada más. Cada paso es más lento que el anterior. Ya no jadeas, ya no se te clavan agujas en las piernas. Tu corazón a penas bombea sangre.

Te detienes y miras una vez más hacia abajo, hacia la luz, aferrando con manos frías la barandilla. Una sonrisa te atraviesa el rostro. Tus ojos se humedecen. Te inclinas hacia delante y en algún momento tu centro de masa bascula.

Te precipitas a través del ojo de la escalera y caes rápidamente, con el aire azotándole las mejillas.

Dura solo una fracción de segundo, pero puedes ver con absoluta nitidez las ventanas. La luz que proyectan sus vidrios te atraviesa de parte a parte y te reconforta una última vez. Luego, cuando vuelve la oscuridad, cierras con fuerza los ojos.

Abres lentamente los párpados. Te pones en pie. A tu alrededor solo hay tinieblas grises y heladas. Pero mezclado en ellas hay también un impulso. Algo en tu interior que te dice que vayas hacia arriba, siempre.

Encuentras el primer peldaño y comienzas a ascender, aferrándote a la fría barandilla de metal, con el convencimiento absoluto de que encontrarás todas las respuestas tras el último escalón. Arriba. Siempre hacia arriba. Allí de donde procede aquel dulce resplandor.

Sigues subiendo.